

Madrid 1932; y «Antología de la poesía española e hispano-americana» (1882-1932), Madrid, 1934.

Es, además, el autor de numerosos estudios literarios, de gran valer, sobre Galdós, Benavente, Azorín, Baroja, J. R. Jiménez, Camba, Blasco Ibáñez, Martínez Sierra, Linares Rivas, Marquina, S y J. Alvarez Quinteros, Palacios Valdés C. Espina y Rubén Darío.

Tal es, a grandes rasgos, la personalidad y la obra del ilustre catedrático hispanista don Federico de Onís. Su permanencia en nuestro país ha sido provechosa y fecunda, a pesar de la brevedad, por su dinamismo intelectual y entusiasmo didáctico. Perdurará en el recuerdo cordial de quienes le escucharon y trataron y en los resultados prácticos de sus enseñanzas entre tantos estudiantes fervorosos.

«LAUTARO CORTÉS», NOVELA DE ENRIQUE CAMPOS MENÉNDEZ.

No conocíamos al señor Campos Menéndez como escritor. Nuestras informaciones sobre su persona eran limitadas y sólo de carácter político. A fines del año recién pasado supimos que un señor Enrique Campos Menéndez había sido proclamado candidato a diputado del Partido Liberal por la agrupación electoral de Cautín. La noticia provocó comentarios diversos: se dijo que el señor Campos Menéndez era relativamente joven, miembro de una acaudalada familia magallánica, que había pasado la mayor parte de su vida en Argentina y que desconocía totalmente la zona por donde se le ungía candidato. Se agregaba que si se mantenía su candidatura lo era únicamente por su situación financiera poderosa y por sus vinculaciones estrechas con los sectores gobernantes. Regresamos a la capital cuando empezaba la campaña electoral en Cautín y no tuvimos noticias de sus alternativas sino hasta principios de marzo. Nuestros amigos, que la presenciaron y actuaron en ella nos expresaron que el «candidato importado», señor Campos Menéndez, se demostró un magní-

fico político: dinámico, de gran simpatía y excelente oratoria. Rápidamente se compenetró de los problemas, economía, historia, paisaje y formas de existencia de la región. Desde sus primeras palabras pronunciadas exhibió «ese enajenamiento propio del orador nato», deleitando a las concurrencias agropecuarias con variados e interesantes discursos. Fué uno de los mejores candidatos. La colocación preferencial en la lista, su oratoria de calidad y su generoso dinero le dieron un triunfo, que sus contrincantes no esperaban.

Habíamos olvidado este episodio cuando cayó en nuestras manos, por gentileza de don Luis Durand, una novela del señor Campos Menéndez, editada por Zig-Zag, recién aparecida: «Lautaro Cortés». La leímos con interés y nos tomó desde la primera página.

Lautaro Cortés, el personaje principal, es el prototipo del arrivista, de origen muy humilde, que en su triste infancia sólo almacena rencor, infinito rencor, y, luego, por un azar de la suerte, logra ascender, transformándose en un trepador que no conoce la introspección y el retraimiento, exhibiéndose como un dandy amoral, preocupado de triunfar aplastando a quienes le rodean. Así consigue, por medio de un feliz matrimonio, emparentarse con una de las familias de mayor abolengo, matrimonio al que aporta su nombre vacío, «sin más historia que la de su propia vida», y al que, en el día de la ceremonia, se dió cita en la Iglesia «lo más granado de la intelectualidad, del alto comercio, de las finanzas y de la sociedad, que venía a contemplar cómo se bastardeaba el abolengo de los de la Peña, entretejiendo acerbos pelambres y conmiseraciones por el derrumbe estrepitoso de un apellido».—

La vida de Lautaro Cortés se desliza en un afebrado tren: timonea una empresa editorial; se vincula a las operaciones de la Bolsa; saca un diario propio; se incorpora a la política activa y, finalmente, termina en una triste locura, provocada por su desmedida y frenética ambición.

Al novelar la trayectoria de la vida de Lautaro Cortés, el autor nos describe los más variados sitios e instituciones que presenta la sociedad contemporánea. Se inician con un notable comentario de la pensión de doña Rosalía, similar a muchas de las que existen en nuestra capital.

Nos presenta un cuadro animado de la aristocrática familia de don Juan Esteban de la Peña, «descendiente directo de un miembro de la Primera Junta Nacional, diputado en sus mocedades, senador en su madurez, Ministro de Educación en su senectud y, en todo tiempo, periodista de florida prosa». A pretexto de una fiesta de Lautaro Cortés, al calor de la cual los participantes salen «a pastorear los campos de Eros», apreciamos una excelente viñeta de un prostíbulo, en cuyas salas «algunos desnudos... hacían «pendant» en las paredes con la litografía de un ex Presidente de la República con su banda terciada». Un viaje de descanso del personaje principal, acompañado de su joven esposa, a unas Termas de famosas aguas medicinales, nos hace saborear una acertada descripción del lugar, donde sus clientes viejos, premunidos de inmensa fe, ganan más con ésta que con el poder de sus aguas. Frente a sus parroquianos, «vejeces anémicas y neuróticas que buscaban ilusas, como en los primeros tiempos de la ingenua credulidad humana, la fuente de Juvencia», el autor opone la realidad de un villorrio próximo que ofrecía «el secreto de la vida inextinguible y natural, sencilla y espontánea», pero que vegetaba en el atraso, sin progresar, porque en él no se practicaban los siete pecados capitales, pues «los pecados son progresistas», constituyen elementos vitales para el desarrollo de la vida y de la sociedad.

Con motivo de la experiencia periodística de Lautaro Cortés, asistimos al proceso de gestación y montaje de un diario moderno. El verdadero fin que persigue y el slogan disimulador que lo oculta. «La Calle», «una voz independiente, para decir la verdad y nada más que la verdad». A través de gruesos titulares, sugerentes resúmenes y, sobre todo, de muchas fotografías, que



enfocaban en forma directa y realista los problemas palpitantes de la masa, el diario se introduce en el público y entra a orientarlo. Pero, «los títulos equívocos, las omisiones, las desestimaciones, las supervalorizaciones, las vaguedades, los pospretéritos conjeturales, en que los «habría» y las citas a las «fuentes generalmente bien informadas» abundaban, la reproducción simultánea de declaraciones contradictorias hechas en distinta época por un mismo político, con el deliberado propósito de hacer notar su claudicación, eran los síntomas más o menos precisos de ese «diario que no se publica», cuyo ejercicio y pingüe aprovechamiento práctico» constituían su entrada principal.

Pronto «La Calle», a pesar de su pomposo epígrafe, pasa a ser el sumidero donde desembocaban todos los residuos y acudían a él venales magistrados, diplomáticos pérfidos, agiotistas, políticos profesionales, en busca de formas de propaganda para falsos valores o inyecciones en el ánimo público para fraudulentas componendas.

La actuación política de Lautaro Cortés da motivo, al autor, para llevar a cabo una certera evocación de lo que fueran los esferpentos fascistas en nuestra América y, en especial, del Movimiento Nacional Socialista Chileno. El P. U. R. O. (Partido Unico Revolucionario Orgánico) con su Jefe, su mística de incondicional servidumbre, su organización militarista, su martirologio y su desprecio hacia la convivencia democrática, es la exacta reproducción del nazismo criollo.

«El P. U. R. O. . . . reclutaba adeptos en todas las esferas. La contenida neurosis del ambiente, la necesidad de una mística como contrapunto de la francachela ideológica y moral de una demagogia de políticos profesionales, los complejos de inferioridad, las ansias fallidas de una clase media postergada en el lucro del poder, la necesidad que sentía la clase alta de hallar un anticuerpo eficaz contra las doctrinas demoledoras, se combinaron para avivar la llama».

Y pronto sus núcleos se esparcieron por barrios y ciudades;

cuarteles improvisados en viejos edificios, con guardia permanente, y en todos ellos, «el adolescente mostrando su cara triste y torturada, precozmente angustiada». Centinelas, jefes, subjefes, cantos marciales, saludos a toda hora con la mano cruzada sobre el pecho, luciendo camisas grises, constituían la organización y distintivo de este nuevo partido. «Pronto fué la violencia su única dialéctica. El fanatismo prendido en aquellas mentalidades <sup>c</sup>vidas y fantasiosas, el sentido del heroísmo que siempre espera <sup>á</sup>gazapado tras los primeros matorrales de la hombría, la <sup>a</sup>creación del martirologio en que iban a encasillarse «los muertos por <sup>c</sup>la causa», montaron una poderosa máquina de acción vindicativa».

Tan terrible movimiento, a pesar de su dinámica y de su fanatismo, sólo llegó al fracaso y a la muerte de sus principales dirigentes y de su juventud. Lautaro Cortés fué encarcelado y torturado. Una vez en libertad la locura lo cogió con sus tremendas garras transformándolo en un lamentable pelele sin destino.

En esta novela, la figura de Lautaro Cortés está dramáticamente perfilada y lograda en todas sus facetas, y el medio complejo en que actúa está analizado en sus diversos pormenores, con riqueza y perspicacia.

Los caracteres secundarios están, igualmente, bien logrados. De entre ellos sobresale nítidamente la simpática figura del intelectual Marcial Narvaez, utópico, pleno de bondad y comprensión, a quien le encanta montar continuamente en «el Rocinante de sus lucubraciones», mientras callejea por la ciudad. Es un andariego lento, que vive enfrascado en la buena lectura, a quien agrada la conversación; es cordial, comprensivo y con una inmensa piedad hacia sus semejantes. Otro personaje característico es Llópez, un detritus de la descomposición social, cínico y rufián, capaz de todo para mantener sus vicios y su pereza vergonzosa. Don Leonidas Marticorena, funcionario apacible, pero que vive la horrorosa tragedia de tener que alimentar a su esposa

e hijas, quienes consideran deshonra el trabajo y sólo les interesa y apasionan los chirimbolos nobiliarios: «Eran cuatro mujeres que querían telas y joyas y brillo social», pues las pobres chicas no estaban acostumbradas a trabajar, por lo que don Leonidas tenía que satisfacerlas y por lograrlo llegó al delito y a la ruina.

La novela abunda en cuadros de costumbres sociales, en juicios lapidarios, en caracteres típicos y en situaciones de todo orden, que nos la definen como un vasto fresco social de este instante.